

jar de ir en un momento tan esencial como la muerte de un compañero? Yo le confesé que conocía toda la fuerza de su razón; pero que eso no sosegaba mi inquietud, ni me disipaba el temor. En esto me ocurrió que yo podía ir con él, y se lo propuse; pero me respondió que mi estado de salud no permitía emprender aquel viaje; que por otra parte allí no encontraría ni las comodidades á que estaba acostumbrado, ni los remedios que exigía mi situación actual. Yo le dije, que en cuanto á mi salud, me sentía en disposición de hacer viaje tan corto, y que en cuanto á mis comodidades un pecador como yo debía tenerse por dichoso, si participaba de las austeridades de aquella santa comunidad. El buen ermitaño quiso replicarme todavía; pero le hablé con tanta resolución, que no se atrevió á insistir mas. Al fin le dije: Amigo, si no me teneis por indigno de vuestra compañía y la de vuestros santos compañeros, llevadme con vos, llevadme á ver los ejemplos de esos penitentes, que no tienen que llorar tantos pecados como los míos. El buen sacerdote me dijo: No replico mas. No permita Dios que yo me oponga á designios que tal vez son inspiraciones.

Al otro día, ántes de ponerse el sol, llegamos á esta humilde casa, cabaña á los ojos de los hombres, pero espléndido palacio á los del cielo. Esta es una habitación de santos. Mi corazón,

ya prevenido por el impulso de la divina gracia, no pudo resistir á la impresion de los graves y austeros ejemplos de virtudes y religion que se me presentaban todos los dias en el recinto de este augusto retiro. ¡Qué hombres, amigo! ¡qué silencio! ¡qué fervor! ¡qué felicidad tan pura! La vista de este órden, de esta severa armonía, tan nueva para mí como digna de veneracion, me elevó el alma. Conocí que había otras delicias en la tierra muy superiores á las que yo experimentaba cuando vivía á gusto de mis sentidos, y segun las máximas del siglo. Los benditos ermitaños me recibieron con aquella dulce y sincera benevolencia que el mundo afecta, y solo es propia de la caridad cristiana.

Aquí fué donde acabé mi confesion general. Aquí se dignó el Señor asistirme para mi reconciliacion por medio de su santo sacerdote. Aquí recibí el pan del cielo. El tiempo y la circunstancia en que estamos, porque ya se llega la hora de ir á la capilla, no me permiten extenderme; pero si podemos vernos otra vez mas despacio, te contaré cosas admirables, en que verás los prodigios de la Providencia y la extension de sus misericordias.

Solo te diré, que despues de haber hecho todo lo que debía, me apliqué por consejo de mi confesor á repasar todos los cargos de mi conciencia, y á poner órden en mis negocios; pero

que hice todo esto en secreto y de manera que no se supiera que era yo. Mi intencion era morir al mundo, y no desmentir la noticia que habia corrido de mi muerte, para llorar aquí mis errores, y consagrar el resto de mis dias á los gemidos de la penitencia. Mis santos hermanos se dignaron de admitir entre ellos al que no es digno sino de admirarlos y despues de algunos dias procuro imitar aunque muy débilmente sus ejemplos.

Puedo añadirte, que jamas he sido tan feliz, que nunca he pasado dias tan serenos ni tan llenos de consuelo y de paz, que no puedo ahora explicarte ni todo lo que debo á Dios, ni la dulce tranquilidad de que gozo. Conténtate ahora con haber sabido la razon por que me hallas aquí, cómo Dios me ha conservado la vida, y dale gracias de encontrar al antiguo y pérfido apóstol de la incredulidad, al insensato predicador de iniquidades y delitos en la casa del Señor, y vestido con el traje de la penitencia. Lo único que me afligia era considerarte todavía sumergido en el error. Así puedes considerar el consuelo que recibo cuando veo que el mismo suceso que me ha conducido al arrepentimiento y al dolor, ha contribuido para concucirte á la Religion y á la virtud. ¡Qué asombrosa! ¡qué admirable es esta tan incomprensible y escondida combinacion de las ideas del Señor! ¡Quién podia prever que en los consejos del Omnipotente esta-

ba señalado el mismo instante para la conversion de dos hombres tan estragados, de dos monstruos que se habian entregado tan desenfrenadamente á la perversidad de las opiniones y costumbres? Mas... pero la campana toca: á Dios, amigo, que aquí no nos hacemos esperar. Manuel se fué, y yo quedé tan sorprendido como el caminante á cuyos piés cae precipitado un rayo. Necesité de mucho tiempo para salir del profundo estupor en que me hallaba sumergido. ¡O Dios! decia yo saliendo de esta dichosa huerta en que acababa de ver y oír cosas tan inesperadas, ¡ó Dios! ¿quién que de buena fe examine el origen de una transformacion tan universal y tan completa, puede desconocer la fuerza de tu brazo?

¡Pero qué! ¡Dios de bondad, este descubrimiento tan increíble como impensado no es un aviso tuyo para advertirme que yo no he cumplido todavía con todo el designio de tu misericordia? ¡Qué, Señor! ¿debo yo buscarte ménos? ¡No debo siquiera hacer lo mismo que hace el amigo, el compañero á quien he igualado y quizá excedido en la multitud y enormidad de los vicios? Dios de misericordia... Yo prometo en presencia del cielo, único testigo de mi entrevista con Manuel, que pues le imité en los excesos, le imitaré en la enmienda, que seguiré sus huellas, y que vendré á sepultar mi vida y expiar mis delitos en el mismo sepulcro.

¡Qué! mientras el compañero de mis desórdenes llora su iniquidad con la austera librea de los mártires de la abnegacion; cuando le veo incorporado en la penitente sociedad de los atletas de la cruz; cuando pasa sus días en la meditacion de los años eternos, y une los tiernos gemidos de su doliente voz con los sagrados cánticos que resuenan en el largo silencio de las noches; cuando Manuel sobre la dura tierra y en un lugar consagrado á los suspiros y á las lágrimas, pide á Dios sin cesar perdon de los delitos que hemos cometido; cuando en fin, la imágen de su austeridad y penitencia me seguirá por todas partes, ¿tendré la temeridad de verme sin rubor en una casa cómoda, y vivir en el seno de la abundancia? No, no; pues le acompañé en los delitos, es justo que le acompañe en las expiaciones.

Dios mio, sosten mis resoluciones. Espero que te será agradable, pues que tú me la inspiras. No me has hecho venir aquí en balde, sino para enseñarme el camino que debo seguir. Sin duda que la aprobará el santo director de mi conducta, pues es tan conforme á sus principios y á la firmeza de los propósitos que me ha inspirado. Al instante que llegué á mi casa le escribí lo que me habia sucedido, y el ánimo en que me hallaba. Le dirigí mi carta con un expreso, y este al cabo de tres dias me trajo la respuesta que te voy á copiar. Dice así:

¡Qué admiracion, qué placer me ha causado vuestra carta! ¡Cuánto debemos adorar y amar á este gran Dios, que en medio del tumulto que producen las pasiones y movimientos de la tierra, forma en silencio sus escogidos para sacarlos del abismo en que su flaqueza los sumerge, y levantarlos hasta su luz inaccesible! ¡Cómo este mundo tan miserable y tan pequeño por la calidad de los intereses que le agitan, se transforma á los ojos del sabio que observa con la luz del Evangelio, en un inmenso y magnífico teatro en que se reconoce la mano poderosa de la eterna Sabiduría que le dirige y gobierna; esta mano dulce y próspera, que del fondo del barro mas deleznable saca seres, en que reverbera el esplendor de su divinidad; esta mano sabia, que por caminos inexplicables y profundos los dirige al término excelso de su reino; esta mano misericordiosa que quiere conducirlos para que en el dia triunfante de la ascension de los miembros de Jesucristo vayan con ellos y tengan asiento en el seno de su reposo, de su alegría y perpetuidad!

¡Cuántos motivos de admiracion me produce el suceso que me referis! Vos no buscábais más que el inocente placer de un paseo silencioso, y Dios os ha hecho conocer en el fondo de un austero retiro toda la invencible fuerza de su poder, y con un ejemplo extraordinario, que os toca tan

de cerca, os ha manifestado que en medio de los males que ocasiona la corrupcion humana, se ocupa en separar de ella á los que quiere glorificar en su mansion divina; y que con una rapidez que asombra á los espíritus celestes, sabe hacer que los mas perversos de los hombres pasen á la clase más augusta y venerable de sus escogidos. ¿Cómo ó por qué Don Manuel ha podido en tan poco tiempo ser objeto del amor y las atenciones del Eterno? ¿De dónde le han venido esta fuerza que de repente y contra sus propias esperanzas le ha hecho superior al mundo, á sus sentidos y á toda esa multitud de vicios y cadenas que le hacian un monstruo de incredulidad y depravacion? ¿De dónde descendió esta nueva luz que le hizo ver tan prontamente las vanidades de la vida y los arcanos de la eternidad? ¿Dios infinito! ¿Dios bueno! estas son tus obras, siempre grandes y admirables. Solo tu brazo invisible y omnipotente puede ejecutar en la tierra prodigios y vocaciones de un orden tan superior al poder humano, y tan contrario á todas las verosimilitudes de nuestras ideas.

Vos habeis hallado, señor, sin esperarlo, una repeticion asombrosa del gran milagro de misericordia que la bondad divina ha obrado en vuestro corazón. Este Dios piadoso os ha proporcionado este encuentro maravilloso, para hacer os

mas completa vuestra felicidad por haber salido de un abismo. Tambien ha querido quitaros la amargura por el temor que Don Manuel hubiese muerto sin haber tenido tiempo para llorar sus escándalos y purificar sus últimos suspiros. Dadle gracias, señor; pero considerad que la terrible imagen de una muerte imprevista y precipitada no pierde nada de su verdad ni de su fuerza, por no haberse realizado en aquella circunstancia que os produjo una impresion tan profunda como saludable. Mientras el amigo que llorábais muerto, estaba vivo, la desgracia que él no sufría, se verificaba en muchos lugares de la tierra en personas igualmente culpadas, y tan mal dispuestas á presentarse en el divino tribunal.

Tambien me ha causado mucha complacencia la noble y valerosa emulacion que os inspira este ejemplo; porque anuncia un corazón dispuesto á todo y capaz de los mayores sacrificios. Sin duda que los tabernáculos del Señor son amables, y que en ellos habitan los dichosos; pero hay reglas de moderacion y de prudencia, que no debemos olvidar ni aun cuando buscamos á Dios y la virtud. S. Pablo quiere que seamos reservados y discretos hasta en el bien. Todos debemos obedecer á la ley del Evangelio; pero este nos enseña diferentes caminos para la santidad, y ninguno debe escoger los que pueden alterar las

TOM. III. 27

leyes de la naturaleza, cuando esta nos ata con vínculos y lazos mas estrechos, y despues de tomar estado, de superior importancia á las mas santas instituciones.

Dios, que es el Autor supremo de la Religion, ha sabido unirla con la naturaleza de manera, que siempre aliada con ella, léjos de contradecirla, no hace mas que sublimarla. Así quiere que vayan de concierto, y que el cristiano respete en cada una los designios del Autor de las dos. Entre todas las relaciones que produjo en la sociedad, á ninguna dió un carácter tan tierno y tan augusto como el título de padre. Cuando bajó á la tumba la virtuosa compañera de vuestra vida, dejó en vuestros brazos dos hijos, y vos les debéis cuidados, instrucciones y ejemplos.

Don Manuel no tenia estas obligaciones. Se hallaba libre, y no vivia sino para sí mismo. Así su retiro no podia producir quiebra ni falta en el órden social. Le era, pues, permitido entregarse todo entero al ardor de su celo y de su penitencia; pero Dios os ha dictado vuestras ocupaciones cuando os dió esta preciosa posteridad, que debe crecer y criarse á vuestro lado. Si este imperioso impulso no ha detenido algunas almas extraordinarias, si á pesar de los gemidos de la naturaleza se las ha visto volar á los desiertos, si han tenido el valor de romper las barreras que las ponía su propia sangre; estas son excepcio-

nes que sólo puede autorizar la profundidad de la inspiracion divina, y no pueden servir de regla en el curso ordinario de la vida, ni determinar el género de nuestros sacrificios y expiaciones.

Cuando viviais sin ley y sin principios, entonces hubiera sido útil á vuestros hijos que os separáseis de ellos para esconderles la contagiosa vista de costumbres irreligiosas y desenfrenadas; pero ahora que pueden ver en vuestra conducta lo que los hará muy dichosos si lo imitan, vuestra separacion les seria muy nociva, porque los privaria del mejor preservativo que ha podido proporcionarles la piedad divina contra el contagio de este siglo. Vos no sois verdaderamente padre, sino desde que temeis al Señor, y cuando ya sois capaz de manifestar su gloria á dos inocentes criaturas, por cuyas venas corre vuestra sangre.

¡A y, Señor! pues vuestra tierna esposa fué digna de vuestro respeto, y lo es ahora de vuestra pena, tened por cierto que no pudo morir sin el dolor de no ver logrado el mas ardiente de sus deseos, y la mas dulce de sus esperanzas. No dudeis que murió, pidiendo al Dios que iba á juzgarla, que moviera vuestro corazon y os hiciera digno del título sagrado de padre. Haced pues ahora con vuestro celo paternal que ella goce en el ciclo del fruto de su oracion postrera, y re-

compensadla con vuestra aplicacion de las amarguras con que habeis emponzoñado su inocente vida: trabajad con ardor en la educacion y felicidad de los hijos que llevó en su vientre, que crió con tan solícitos afanes, y que estrechó tantas veces con su materno corazón.

Quedaos pues, señor, en medio de esos tiernos y sagrados frutos de una unión que vos hubiérais debido enlazar mejor, y cuyos agravios estais obligado á reparar. Nada hay tan grande ni tan meritorio en la tierra, como formar hombres religiosos, enseñándoles el conocimiento de Dios y el amor de la virtud. Nada es tan delicioso ni tan dulce como ejercer este sublime empleo con aquellos cuya felicidad nos interesa, porque amamos en ellos nuestra propia substancia. Imaginad qué gozo debe ser para un corazón iluminado por la fe poder decirse á sí mismo: Este niño tierno que amo tanto, que es á mis ojos tan amable y precioso, va á ser santo de Dios, será llamado hijo del Altísimo, y se verá dentro de poco elevado á la posesion de un imperio que ninguna revolucion podrá destruir. ¡O Religion divina! ¡sola tú puedes coronar con tanta magnificencia los afectos de la naturaleza! ¡solo los que se gobiernan por tu luz pueden gustar con tanta dulzura la dicha de ser padre!

Me ha parecido, señor, haceros estas reflexiones para confirmaros en la resolucion de pensar

muy seriamente en la educacion de vuestros hijos, sobre todo en la religiosa. Yo quisiera poder indicaros, aunque ligeramente, el punto de vista, ó el aspecto en que me parece debiérais enseñarles el espíritu y las intenciones del cristianismo; y si me lo permitis, lo podré hacer otra vez mas despacio. Este asunto es el mas esencial de todos, porque la Religion, bien conocida, es el mejor preservativo para las costumbres, y el antídoto mas seguro contra la incredulidad.

Hay ciertas gentes, por la mayor partes buenas, pero muy tímidas, que quisieran prohibir á los simples todo exámen en materias de religion: Esto nace de que no la conocen bien. Acaso este sistema de fe sencilla y ciega pudiera ser mas seguro, si las costumbres y el carácter del siglo la respetaran, si la dejaran intacta y no trabajaran por alterar su pureza; pero cuando la corrupcion de los sentidos y los errores de los sofistas multiplicando sus ataques, hacen tantas conquistas sobre la brillante juventud que se jacta de instruida, fuera culpable indolencia no servir para defenderla de las armas superiores que la aseguran la victoria.

Esta juventud seducida, porque no está ilustrada mas que á medias, no tiene con que instruirse mejor y desengañarse de los sofismas que la pervertien. Y como por las ventajas de su nacimiento é instruccion da el tono á lo que la rodea,

sus discursos y sus ejemplos se propagan hasta las clases inferiores, y ved aquí cómo se infecta progresivamente toda la masa de la sociedad. El grande remedio de este mal es enseñar bien la Religión, reproducir continuamente los sólidos fundamentos que la prueban, las evidentes é irresistibles razones que la demuestran; y no teman esos géneos pusilánimes el que la Religión sea examinada por todos sus aspectos; pues ninguna cosa la puede hacer adorar tanto como un exámen apurado y circunspecto. En los tímidos cesaría esta inquietud si ellos mismos la conocieran mas á fondo.

Pero en fin, señor, esto toca al gobierno, y no podemos hacerlo nosotros. Me parece que en nuestras primeras conversaciones ya os dije algo sobre cuánto contribuye á la incredulidad la insuficiencia de nuestra educacion; y si os lo repito aquí, es para haceros conocer la indispensable necesidad en que estan los padres de familia de ejercer una especie de magisterio doméstico, y de ser en medio de sus hogares los ayos y los apóstoles de sus hijos. Un padre que conoce la fe y vive con la esperanza de sus promesas, no puede ver sus tiernos renuevos que crecen á su vista, sin derramar lágrimas de alegría y de consuelo, cuando considera el alto destino que puede preparar á estos objetos de su amor con la instruccion y la vigilancia.

¡O infancia inocente y preciosa! ¡quién puede verte sin amarte, y quién puede amarte sin deplorar la incomprendible ceguedad de estos padres crueles, que no procuran darte mas instruccion que la que puede pervertirte, atormentarte y perderte, como se pierden ellos?

Esto basta por hoy; no quiero detener mas vuestro correo. Mi designio por ahora es solo responder á vuestra carta, y haceros conocer la necesidad de corresponder á vuestra vocacion, cumpliendo con las obligaciones del estado en que Dios os ha puesto; y que entendais que vuestros hijos, familia, criados, vasallos y conciudadanos son los objetos que ha puesto á vuestro cargo el gran Padre de la familia humana. En esta he procurado haceros conocer, que esta obligacion es necesaria: en otras os expondré algunas reflexiones que podrán ayudaros al desempeño de tan alta confianza. Yo pido á Dios que os sostenga, y os guarde muchos años.

¡Qué dices, Teodoro, de esta carta? Yo no esperaba esta resolucion. ¡Pero qué puedo hacer sino someterme á dictámen tan luminoso y cristiano? ¡Qué puedo hacer sino recibirle como oráculo dictado por la voluntad soberana? Mil veces bendigo cada dia al hombre virtuoso que de todo se sirve para confirmarme en la fe, y que prometiéndome un plan para que ense-

ñe la Religión á mis hijos, me facilita los medios de que yo mismo la aprenda.

Pero en fin, Teodoro, ¿qué cargo, qué empresa es la que se me prepara! La crianza de mis hijos, el gobierno de una familia numerosa, su conversion, pues que tanto he contribuido á pervertirla, la destribucion de mis rentas, en que los indigentes deben tener la mejor parte, el buen ejemplo que debo á todos para contrarestar mis públicas disoluciones, y restablecer mi pérdida reputacion, los medios de hacer el bien que pueda con oportunidad, ilustracion y prudencia. ¿Cuántas cosas tan superiores á mis fuerzas, y para que necesito de un amigo sólido, de un guía esclarecido, que no solo me dirija, sino que me sostenga!

Teodoro mio, haz tambien leer á Mariano esta carta, y todas las demas que te escriba: invoca su amistad, excita su celo, apresura su diligencia, no le des cuartel; y dile que un amigo que lo necesita, lo aguarda con inquietud, que ya tiende los brazos para recibirle; que venga á conducirlo al cielo, despues de haber enseñado el camino á sus hijos, y á toda su familia que va á adoptarle por su padre común, y bienhechor universal. A Dios, Teodoro.

CARTA XXXIII.

EL FILÓSOFO A TEODORO.

QUERIDO Teodoro: ya recibí la nueva carta que me habia prometido mi celoso director, y me apresuro á enviarte una copia. Dice así:

Señor: para explicaros mis ideas sobre los medios de hacer conocer y amar la Religión á vuestros hijos, debo empezar por deciros, que el logro de este digno afan depende de hacerles entender bien el espíritu y el verdadero objeto de la fe; y para esto debeis principalmente ocuparos en la meditacion de los santos libros, porque solo en esta pura inagotable fuente se bebe el agua cristalina que purifica nuestras almas, y nos hace capaces de heroicos y sublimes esfuerzos.

Solo en las sagradas Escrituras se pueden hallar los principios verdaderos, que nos pueden instruir, fijando nuestras ideas de orden, de justicia y de felicidad. Solo en ellas podemos encontrar espectáculos dignos de la grandeza de nuestra imaginacion, objetos proporcionados á la necesidad y propension que sienten los espiritus